

PROCESO AL FASCISMO

EN Milán, tras la concesión del suplicatorio por el Parlamento para que el diputado Giorgio Almirante pueda ser procesado, va a abrirse un amplio proceso al fascismo. Fue, probablemente, el proceso que faltó en la posguerra. Hubo entonces ejecuciones sumarias —como la de Mussolini y Clara Petacci—, hubo actos de violencia, actos de venganza, procesos demasiado rápidos y demasiado personales, como hubo también complacencias, disimulos, ocultaciones de otros responsables. El proceso se hizo lateralmente a la monarquía, a la casa de Savoia y a Víctor Manuel, por una complicidad que no pudo borrar a última hora el acto vergonzoso de la detención de Mussolini y el contacto de urgencia con los aliados. En Nuremberg, el exorcismo tuvo alguna eficacia mayor. No entremos ahora en la dudosa cuestión de la capacidad judicial para aquel suceso, del historial de guerra de algunos de los países juzgadores y de lo que habría de ser su futuro —la vía de Hiroshima a Vietnam—, y de la mezcla de victoria y venganza; al margen de estas posibles dudas, hay un hecho cierto, y es que en Nuremberg se procesó claramente al nazismo, se descubrió toda su doctrina y toda su historia, sin dejar lugar a engaños o a ignorancias. Quizá por eso, en Alemania Federal, a pesar de la existencia del NPD y de la incrustación de ex nazis en campos de poder, la resurrección del nazismo se ha presentado con menos fuerza electoral y con menos violencia en la calle que en Italia. Hay que tener también en cuenta que la resurrección económica de Alemania Federal ha sido mucho más fuerte, y más equilibrado, el reparto geográfico y por clases de la riqueza que en Italia, donde la ordenación económica es mucho más revuelta. Y hay que tener en cuenta, sobre todo, que la conservación política del nazismo y del fascismo en los dos países se ha podido hacer gracias a la acción de los Estados Unidos. En el momento de la guerra fría y del anticomunismo militante, los fascistas supervivientes eran de gran utilidad. Y, por otra parte, su doctrina aparecía como menos disparatada. «Ya lo decíamos nosotros», esgrimen ante la nueva situación. En resumen, el fascismo y el nazismo los habían fomentado los grandes industriales y los medios conservadores como un sistema de defensa contra el comunismo, sin llegar a pensar en muchos casos que iban a tomar el poder, y podía seguir sirviendo para ello.

ESAS fueron las circunstancias en que se reorganizó el fascismo en Italia. Primero, el movimiento del «Uomo qualunque»; luego, el MSI o Movimiento Social Italiano, los «misinos»: millón y medio de votos en 1962, 29 diputados y nueve senadores en 1955, grandes jefes del antiguo régimen fascista en su dirección. Su apoyo doctrinal esencial, el anticomunismo: es decir, una base que no podía ser fácilmente combatida por nadie, a excepción del partido comunista. El príncipe Valerio Borghese, antiguo submarinista, considerado por algunos como «el nuevo duce»; Giorgio Almirante, con su editorial «Defensa de la raza»; Filippo Anfuso, embajador de Mussolini en Berlín; Romualdi, de quien se dice que es hijo natural de Mussolini, formaban el gran cuadro del movimiento.

EL MSI se permitió en razón de las circunstancias y de una cláusula de los Estatutos que asegura «respeto a las instituciones parlamentarias». ¿Por qué se trata de cortarle el paso ahora, veinte años después? Hay una razón clara, y es el vuelco histórico. El posfascismo, llamado neofascismo o neonazismo, ya no tiene guerra fría en que medrar. A esa hiedra le falta ahora el muro. Ni su intento de reconstrucción del fascismo es algo nuevo, ni las acusaciones de violencia que se le hacen resultan nuevas. Quizá, eso sí, su ascenso electoral en las elecciones de mayo de 1972 haya influido en la alarma: 56 diputados en lugar de 30, 26 senadores en lugar de 13... Esto es lo que alegan ahora los «misinos»: se les persigue, porque aumentan sus votos. Se les persigue por razones antidemocráticas...

EL proceso se abrió en Milán, por un fiscal general, Bianchi d'Espinosa, que ha muerto antes de ver cómo su idea se abría paso. Milán ha sido el centro de las peores violencias en estos últimos años: las bombas contra los Bancos, el asesinato de Feltrinelli, el del comisario Calabrese, la bomba en el descubrimiento del busto de este comisario hace sólo unos días (1),

atentados contra sedes de partidos políticos, contra personas... Las principales acusaciones se dirigieron contra los grupos izquierdistas marginados del partido comunista, sobre todo contra los anarquistas. No dieron resultado práctico. Pero iban también hacia los movimientos fascistas. Se habló de «pistas rojas» —las que podían conducir a los izquierdistas y de «pistas negras» —las que llevaban a los fascistas—. El fiscal general Bianchi d'Espinosa siguió preferentemente las «pistas negras». No se limitó a reunir los informes y los datos de Milán, sino que los requirió de otras autoridades policíacas y judiciales de Italia. Tampoco limitó el expediente a los actos de violencia, sino que lo documentó con los discursos, alocuciones, folletos, artículos, libros... en exaltación del fascismo. Es decir, el proceso tiene una vertiente doble: por una parte, hay unas acusaciones de «instigación a la revuelta», «atentado contra la seguridad del Estado», «vilipendio de las instituciones»; por otra, una de intento de reconstrucción del partido fascista. Todo un bloque de acusaciones se dirige hacia grupos extraparlamentarios, como son la Vanguardia Nacional, Orden Nuevo, Frente Nacional, Joven Italia, Hijos del Sol; otro, hacia el MSI. Se trata de probar la connivencia entre este partido parlamentario y aquellos grupos extraparlamentarios, y deducir del todo, del conjunto, la reconstrucción del partido fascista que está fuera de la ley. La acusación habla de que aquellos grupos son «organizaciones ligadas ideológicamente al fascismo y al mismo nazismo», y que el MSI tiene «una relación teórica» con el fascismo.

PARA la continuación del expediente —que otro fiscal general continúa donde Bianchi d'Espinosa lo dejó al morir— era necesario el procesamiento del secretario general, Giorgio Almirante, y para esto era preciso que el Parlamento levantase su inmunidad parlamentaria y concediese el suplicatorio. Lo ha hecho en la sesión del 24 de mayo. Por una votación que no deja lugar a dudas: 484 a favor del levantamiento de la Inmunidad y 60 en contra. En estos sesenta hay que incluir todos los diputados presentes del MSI —con la excepción del propio Almirante, que votó en contra suya— y cinco demócratas cristianos de la facción de extrema derecha (una decena no estuvieron presentes), con la excepción de uno de ellos, Giuseppe Costamagna, mutilado de la Resistencia, conocido antifascista (y también anticomunista) que consideró que el procedimiento era «antiliberal», y que para cortar las posibilidades nacionales del MSI no eran necesarios procesos, sino «buen Gobierno y elecciones generales».

LAS acusaciones de atentado a la libertad han sido las favoritas de los «misinos» en este debate, a las que se les ha respondido que cuando estuvieron en el poder —es decir, en la época de Mussolini— no se preocuparon de la libertad, y que sus persecuciones de enton-



Grupo de manifestantes antifascistas que recorrieron las calles de Roma el pasado día 25 de mayo.



Giorgio Almirante, cuya inmunidad parlamentaria ha sido levantada por una aplastante mayoría de la Cámara, el pasado día 24, a fin de que pueda ser procesado.

ces a los antifascistas no se hicieron por vía parlamentaria, ni siquiera por vía judicial, sino por la supresión pura y simple. Otra línea de defensa del MSI ha sido la de acusar precisamente de fascistas a quienes ahora persiguen, empezando por el extinto fiscal general d'Espinoso —del que los «misinos» han dicho en esta sesión que fue centurión de la milicia voluntaria, y que había sido el primer magistrado que en Florencia se negó a prestar juramento a la República Social—; han aludido al «martirologio» de Almirante y han clamado con ironía «¡Viva la libertad!», cuando la Cámara levantó la inmunidad parlamentaria al secretario general.

GORGIO Almirante, por consiguiente, pasa a la disposición del juez de Instrucción. Con él pasa todo el viejo contencioso fascista en Italia, desde los grupos de acción hasta el partido legal, el Movimiento Social Italiano. No hay que esperar, probablemente, una sentencia condenatoria para las personas implicadas, pero sí, probablemente, una declaración de fuera de la ley, tanto para las organizaciones de acción como para el MSI, de acuerdo con la Ley Scelba. Y Almirante ha anunciado, ya que si el MSI se prohíbe, fundará inmediatamente otro partido que recoja «la fuerza electoral y política» del MSI.

A la vista del voto de la Cámara, prácticamente unánime para los partidos ajenos al MSI, hay una deducción que hacer: es principalmente la derecha la que quiere desembarazarse del fascismo (naturalmente, con la ayuda feliz de la izquierda, y aun dándole la voz cantante: en las requisitorias, la voz principal la ha tenido el diputado comunista Galluzzi). La derecha conservadora que lo incubió como sistema de defensa en los años previos a la instalación del poder, que sobrevivió —con bastante más facilidad que la izquierda— en los años del fascismo, que volvió a albergarlo y a sostenerlo al terminar la guerra —con el doble fin de que formase la vanguardia combatiente contra el comunismo y contra los extremismos, y con el de presentarle como espantapájaros para los izquierdistas o liberales, como un «nosotros, o el fascismo»— ya no necesita de sus servicios. Las corrientes políticas mundiales, la resurrección de una forma de democracia, la apelación a los ideales de posguerra, le han hecho no solamente inútil, sino molesto. Quizá Giorgio Almirante pase a la Historia política de Italia, no como el «duce número 2», sino solamente como un «tonto útil», por usar un término del gusto de la derecha. Un triste destino.

(1) Sobre este tema, véase en TRIUNFO: Ramón Feljoo, Italia: crónica negra (número 515) e Italia: la estrategia de la tensión (número 516); J. Aldebarán, El fascismo, hoy (número 505) y La caída del fascismo (número 527), así como La última bomba de Milán: Pero, ¿quién es Bertoli? (número 556).

LOS LORES Y LAS CHAVALAS

Las costumbres sexuales de los lores han ejercido siempre una considerable fascinación en los comunes. Las de lord Jellicoe y lord Lambton han sobrepasado los límites de la risueña complicidad complaciente y se han convertido en escándalo. Eran ministros de la Corona, y han tenido que dimitir. El 9 de abril, el primer ministro Heath recibió un informe del Security Service asegurándole que un ministro era asiduo de una prostituta. Heath pidió que se profundizase la investigación, y así se encontró con que el ministro era lord Lambton —de las Fuerzas Aéreas—, y que, además, podía ser inculcado por posesión de drogas (marijuana, anfetaminas). Otro ministro apareció complicado, lord Jellicoe, el primer lord del Almirantazgo —ministro de Marina—, lord del Sello Privado, encargado de las relaciones del Gobierno con la Cámara de los Lores. Dos biografías típicas del «establishment». Lambton, descendiente de la Reina María de Francia —la hermana de Enrique VIII—, cazador y enamorado, una gran autoridad en el paladeo de los vinos nobles, dandy con tres palacios y unos 3.000 millones de pesetas bien cambiadas, diputado desde hace veinte años, dispone incluso de una maldición hereditaria: los Lambton no morirán en la cama (su hermano mayor se suicidó). Jellicoe, hijo del almirante heroico de la batalla de Jutlandia, casado dos veces y con siete hijos (el mayor, lord Brocas, casado con una gitana), no pudo ser marino, como su padre, porque se mareaba, y eligió la diplomacia y el Ejército. Una excelente carrera política. Los dos lores tienen fama de pertenecer a la «swinging England» liberal y permisiva. Lambton dimitió la Secretaría Política del Foreign Office, porque estaba en desacuerdo con la guerra de Suez, y se enorgullece de que sus antepasados hicieran aprobar la «Reform Bill», que metió a Inglaterra en la vía democrática. Las hazañas en favor de la libertad de costumbres son pintorescas. Lord Jellicoe ordenó que se enviasen re-

vistas alegres a los soldados ingleses de Borneo; lord Lambton defendió contra la censura la publicación de la famosa novela licenciosa «Funny Hill».

En cuanto a las chavalas, su biografía es más difícil por su condición evanescente, clandestina y huidiza. Ahora se han esfumado. La cosa ocurría en un piso de lujo: Hamilton Terrace, Maida Vale. Propietaria, Norma Levy, llamada también Norma Russell. Un piso de dos alcobas, con grandes espejos en las paredes. Uno de estos espejos, ¡horror!, era transparente, y a través de él, lord Lambton fue fotografiado clandestinamente en momentos de gran alegría personal ocasionada por el ejercicio de su virilidad. El objeto de su entusiasmo era la llamada Norma y otra llamada Betty, no se sabe si de una manera alternativa o simultánea. De la llamada Betty se dice que es «de color». Se ignora si hay otras damitas comprometidas y hasta qué punto lo está —parece que mucho— el marido de Norma Levy, llamado Colin. Se ignora también si hay fotos de lord Jellicoe, aunque hay testimonios y su propia confesión: «En efecto, fue un pequeño incidente». Pero el recuerdo del «affaire» Profumo —un ministro de Defensa que adoraba a las señoritas llamadas Mandy y Christine Keeler— que destruyó un Gabinete entero y probablemente costó las elecciones siguientes a los laboristas, hacen que Heath continúe a fondo la investigación y la depuración. El «incidente» se mezcla con la seguridad nacional. Se habla de otros aristócratas, de otros ministros. Se comenta la posibilidad de que los ministros de Marina y Aire gritaran cifras y datos secretos en momentos de exaltación, aunque esto parezca poco probable. El «incidente» se prolonga.

En la casa de Maida Vale han quedado un Ford Cortina de color amarillo, una chaise-longue de cretona floreada que sustituyó las poltronas ministeriales. Y un cierto olor de perfume que dejaron al huir (¿a París?) la judía Norma y la mulata Betty.